

GENESIS Y CONTRATIEMPOS DE UNA NARRATIVA

Isaías Peña Gutiérrez

(Para Antonio Benítez Rojo)

1. PRESAGIOS

La “generación” de Mito y la Violencia, como podría denominarse al conjunto de trabajadores de la cultura que, mancomunada o aisladamente, constituyen el módulo principal de la década del 50, encontró su mayor desarrollo y sus mejores logros en el primer lustro de la década siguiente, con excepción de *Cien años de soledad* que apareció hacia el 67 para cerrar dicho período. Mientras tanto el Nadaísmo surge con el entusiasmo de una llamarada de hojas secas y desde el punto de vista publicitario opaca la seriedad y entereza de sus antecesores. Esto permite que la antesala de la novela cumbre de García Márquez y de su presencia en el mundo sea tomada por la crítica impresionista, desinformada y ahistórica como otro notable desierto, donde el autor principal resulta ser, a pesar suyo, el eterno oasis de nuestras letras (los otros habían sido Isaacs y Rivera, aunque es posible que ahora —mediante la intercesión de la crítica exterior— se admitan otros tres o cuatro). Pero los datos dan una realidad diferente, que facilita reafirmar la importancia de este primer lustro al cual tendrán que superar los miembros del siguiente período, objeto de este ensayo. Sin querer establecer los desniveles que existen o las desigualdades que aparecen cuando los obstáculos de nuestra crítica, sumados al sectarismo político, interfieren el juicio, recordamos que aquel fue el momento de *Si mañana despierto* (1961) de Jorge Gaitán Durán, de *La casa grande* (1962) de Alvaro Cepeda Samudio, del premio nacional de pintura a Alejandro Obregón por su “Violencia” (1962), de tres novelas de Manuel Zapata Olivella: *Corral de negros* (1963), *Detrás del rostro* (1963) y *En Chimá nace un santo* (1964), de *Respirando el verano* (1962) de Héctor Rojas Erazo, de *La mala hora* (1962), del teatro latinoamericano de Enrique Buenaventura (en 1962 funda el TEC y en 1963 publica un volumen con tres obras suyas), de *Cuando termine la lluvia* (1963) de Antonio Montaña, de *El día señalado* (1964) de Manuel Mejía Vallejo; y de dos novelas antagónicas y de transición: *Manuel Pacho* (1963?) de E. Caballero Calderón y *La rebelión de las ratas* (1962) de F. Soto Aparicio. (Cfr. para fechas de publicación, *Bibliografía de la novela en Colombia* de Ernesto Porras Collantes, Bogotá, I. Caro y Cuervo, 1976).

Indudablemente, deben ser más, pero a manera de muestra este grupo da un coeficiente objetivo para pensar que en ese entonces se luchaba por transformar nuestra realidad literaria y artística en forma avasallante. Y que aún sin que se hubiera producido el punto culminante del 67 con García Márquez, sin la entorpecedora fórmula olimpista de estar buscando los “mejores” del mundo, tan homologable al sistema competitivo capitalista, hubiera sido una obra respetable, esclarecedora y afirmativa¹. Y, desde luego, el recuento total de dicha obra tendría que abarcar lo producido en la misma década del 50, donde aparecen clásicos de nuestra literatura como *El coronel no tiene quién le escriba* (1958).

Queríamos decir esto sobre la “generación” del 50 (o de Mito y la Violencia), porque tanto los problemas de su “existencia” como los de su validez, se han planteado de nuevo en relación con la “generación” subsiguiente.

2. PRINCIPIA OTRA VUELTA

Ahora que Julián Marías ha contradicho el espíritu de *Entorno a Galileo*, libro básico de Ortega y Gasset para el estudio de las generaciones, el desprestigio de este concepto como unidad de periodización aumentará de veras. Al mecanicismo del concepto, Marías ahora (V. “Lecturas dominicales” de *El Tiempo*, Bogotá, 21 de agosto de 1977, p. 6) le suma su independencia de los hechos históricos, que no estaba en el inventario de su maestro. Sin embargo, las gentes han hecho una apropiación de tal concepto, que ha de ser como lo entiende la historia, de manera dinámica, renovada, dialéctica, como se entendía en su sencillo antecedente griego, y tal como lo presuponíamos al momento de publicar en 1973 nuestro libro *La generación del bloqueo y del estado de sitio*, que no nos retractamos de usarla, así debamos colocar comillas. Y como lo dijimos en aquella ocasión, periodícese o no como “generación”, quepa ahí o quede por fuera lo que queremos nominar y reciba el nombre que fuere, lo que siempre nos ha interesado es determinar —eso sí con juicio— el objeto y el método de nuestro estudio. En este sentido, cuando conocimos las tesis de Oldrich Bélyc y de Zlata Potapova (Cír. R. Fernández Retamar: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, Bogotá, 1976, p. 94) sentimos el regocijo de no estar solos. Tanto el estudio concreto, objetivo, empírico de cada período cultural, mediante inducción que nos lleve a la generalización posterior, como la utilización de criterios literarios y extraliterarios para revelar, describir y explicar dicha periodización, lo mismo que la distinción entre período y denominación del mismo —donde más importa el primero—, eran bases metodológicas que entonces proponíamos tímidamente. Hoy seguimos trabajando con ellas más seguros.

Por eso, aunque creemos en la vigencia del nombre de entonces para la na-

1. Es bueno recordar que en Colombia (incluimos los germanófilos), como en el exterior, la obra de García Márquez fue considerada, antes del éxito de *Cien años de soledad*, cuya edición fue lanzada fuera de Colombia, entre regular e irrelevante. Afortunadamente, la miopía no fue de todos.

rrativa contemporánea colombiana (“generación del bloqueo y del estado de sitio”), que atendía a una circunstancia internacional y a una nacional, nos atrevemos ahora a proponer la simplificación y la transformación de éste. El objeto de estudio sigue siendo el mismo, con las complementaciones necesarias. Es decir, se trata del conjunto generacional —como sería mejor encuadrarlo—, de narradores colombianos, nacidos aproximadamente entre 1935 y 1950, publicados de 1960 en adelante² y con un marco común de preocupaciones, aunque de soluciones contradictorias, y aparecidos, por tanto, inmediatamente después del Nadaísmo y a tiempo que la “generación” de Mito y la Violencia llegaba a su mejor momento como queda dicho al principio.

De las dos notas calificadoras del período, la primera, “del bloqueo”, no fue bien recibida. Algunos, como Mejía Duque, dijeron que el bloqueo siempre había existido; otros, como Oscar Collazos, preguntaron que qué era eso del bloqueo, olvidando las circunstancias de la publicación de su primer libro en las ediciones “Papel sobrante”. Todos, en todo caso, olvidaron que entre 1962 y 1976, el continente americano vivió una de las situaciones más vergonzosas para su historia, la del bloqueo a Cuba. Que obviamente, aunque no en toda su intensidad, parece ser, por lo visto, influyó sobre nuestros escritores.

De ahí que hayamos pensado en la simplificación y transformación de la etiqueta, que nos dé mayor claridad y eficacia. A su vez, hemos descartado y dejado en reserva otras. Hemos descartado la original nuestra y aquella que suele usarse irresponsablemente desde cuando surgió el mote de “nueva novela latinoamericana”, el de “nueva narrativa colombiana”, que rechazamos por inauténtica, irreal, ambigua y atemporal cuando menos. Dejamos en reserva dos: la correspondiente al de las dos décadas en que se desarrolla esta narrativa, 1960-1970, expediente común para catalogar períodos, y la de “Frente Nacional”, que se ajusta perfectamente al cronograma, como sucede con el “bloqueo”, pero que podría resultar igualmente ambiguo. Y proponemos la de “Estado de sitio”, instrumento jurídico empleado durante todo el “Frente Nacional” y el bloqueo a Cuba con una naturalidad y frecuencia jamás antes observadas. “La narrativa del estado de sitio” como nombre, sólo tendría un inconveniente: que llegemos al siglo XXI en estado de sitio.

3. ESTA ES LA RELACION

Para evitar la eterna metafísica de nuestra crítica, no especular en la complicidad del vacío y saber a quiénes aludimos, queremos citar, así resulte fastidioso o comprometedor, los nombres de aquellos que integran el conjunto

2. Como los datos tienden a coincidir y quiero evitarme posteriores aclaraciones, anticipo que estas coordenadas no tienen nada que ver con Ortega y Gasset, Julián Marías o José Juan Arrom. (De Arrom hemos visto aparecer, recientemente, la segunda edición de su interesante y polémico *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*, Bogotá, 1977). Estas coordenadas resultaron de los cuadros y diagramas que fuimos levantando a medida que situábamos autores y obras.

periodizado hasta el momento con base en las coordenadas cronológicas de nacimiento (1935-1950), de primeras publicaciones (1960-1977), y de situación histórica (Frente Nacional, Estado de sitio, Bloqueo). La lista no incluye a los escritores aparecidos después de 1975, generalmente nacidos después del 50, como José Luis Garcés, Berdella de la Espriella, Henry Ortiz, etc., ni aquellos de los cuales no volvimos a saber nada, como Ernesto Rico, Juan José Saavedra, Mauricio Reyes Posada, etc. Al contrario, atendiendo el factor estrictamente literario, incluye a autores que desbordan las fechas límites, como en los casos de Eutiquio Leal, José Stevenson, Andrés Caicedo o Julio Olaciregui. Asimismo, hacemos hincapié en que el estudio se refiere, solamente, al conjunto de narradores. Ellos son, por orden alfabético:

Marco Tulio Aguilera Garramuño, Alberto Aguirre G., Arturo Alape, Gustavo Alvarez G., Alba Lucía Angel, Helena Araujo, Roberto Araujo, Milcíades Arévalo, Alonso Aristizabal, Carlos Bastidas Padilla, Fanny Buitrago, Rafael Buitrago, Luis D. Bernal P., Roberto Burgos C., Enrique Cabezas R., Andrés Caicedo E., Ricardo Cano G., Oscar Collazos, Fernando Cruz K., José Chalarca, Miguel de Francisco, Alberto Duque L., Jaime Echeverri, Germán Espinosa, Luis Fayad, Eligio García M., Juan José Hoyos, Amalia Iriarte, Luis E. Lasso, Eutiquio Leal, Luis F. Lucena, Alvaro Medina, Gustavo Mejía, Julio Mercado B., Jairo y José Ramón Mercado R., Roberto Montes M., Antonio Mora V., Marvel Moreno, Rafael H. Moreno D., Jorge Muñoz P., Carmiña Navia V., Hugo Niño, Jairo Aníbal Niño, Julio Olaciregui, Carlos Orlando y Jorge Eliécer Pardo, Carlos Perozzo, Enrique Posada, Gabriel Restrepo, Carlos José Reyes, Humberto Rodríguez E., Celso Román, Sebastián Romero, Armando Romero, Darío Ruiz G., Roberto y Hugo Ruiz R., Héctor Sánchez, Francisco Sánchez, Benhur Sánchez S., David Sánchez J., Daniel Samper P., Germán Santamaría, Alberto Sierra, Nicolás Suescún P., José Stevenson, Humberto Tafur, César Valencia S., Jorge Valderrama R., Umberto Valverde y Policarpo Varón.

Son setenta y dos (72) autores en total, de los cuales han publicado por lo menos un libro, cuarenta y ocho (48). Veinticuatro (24) de ellos, algunos con amplio número de publicaciones en suplementos y revistas, como sucede con Alvaro Medina, Hugo Ruiz, Roberto Burgos, Gustavo Mejía, Milcíades Arévalo, Francisco Sánchez, etc., siguen sin publicar su primer libro. Cuarenta (40) tienen uno o más libros (de cuento, novela o testimonio) publicados entre 1963-1977. De ellos, un poco más de la mitad había editado al menos un libro en 1973, año en que apareció *La generación del bloqueo y del estado de sitio*, y con base en ese número se inició el trabajo que sirve de sustento para este ensayo. Los datos e interpretaciones que aparecen a continuación se refieren a ese libro, con las complementaciones de estos últimos años³.

4. MARCHARON ENTONCES

La narrativa del estado de sitio, siendo tan numerosos sus integrantes, sin

3. Ocho (8) de ellos, como se desprende de los datos, siendo narradores predominantemente, en un principio publicaron libros de poesía, teatro, ensayo, periodismo, solamente.

embargo, ha corrido con menor suerte que la de sus homólogos poetas, “La generación sin nombre”, del mismo período. A los narradores la estrella no les ha brillado, así su producción haya sido mucho más importante. De setenta y dos (72) nombres, en las librerías o en las universidades solamente seis o siete son medianamente conocidos. Cuando es necesario referirse a ellos, su etiqueta no aparece y la unidad —que, en sentido amplio, sí dan sus coordenadas históricas— se convierte en una meliflua amorfidad. Los textos de estudio todavía no los dan, sino por excepción, como existentes. Y, lo que es peor, algunos de ellos, con calidades narrativas indudables, se declaran “inexistentes”.

Este fenómeno de amorfidad, de disolución, de falta de imagen, es el que pretendemos explicar aquí, lo mismo que algunas notas especiales citadas del mismo fenómeno y contaminadas a la obra literaria.

Primero, ya señalamos cómo este conjunto generacional surge cuando los del 50 han llegado a su máximo nivel y cuando el Nadaísmo quema sus escandalosos cartuchos de salva. Esto es importante. Significa que aquellos debían enfrentar al “mejor”, y a su vez, debían optar por una vía diferente a la del Nadaísmo —que aparecía como la respuesta revolucionaria. En efecto, los del 50 triunfaron con todo lo que implica esto en literatura: desde el agotamiento de fuentes hasta la consumación de un estilo, y la publicidad para los nadaístas resultó gratuita y apabullante.

Pero, si esto sucedía desde dentro, desde el mismo cuerpo cultural, por fuera sucedía algo semejante o peor todavía. Si los escritores y artistas del 50 habían vivido y sufrido la violencia social y política desatada con el bogotazo de 1948, directamente o como atmósfera nacional, quienes los suceden van a vivir y a sufrir, no ya la violencia anterior, sino la paz (?) del estado de sitio, dentro de un “Frente Nacional” (1958-1974) que reducirá todo a la “neutralidad” de una paridad convenida por capitalistas y partidos políticos tradicionales. Los acuerdos de Benidorm (24 de julio de 1956) y de Sitges (20 de julio de 1957), celebrados entre los expresidentes Alberto Lleras y Laureano Gómez, llevados a sufragio el 10 de diciembre de 1957 y aprobados por 4.169.294 votos contra 206.864, instrumentaron a las clases dominantes para conseguir una “unidad nacional”, como diría el decreto plebiscitario, que a través de los dieciséis (16) años de “Frente Nacional” (el pacto original de tres períodos se prorrogó por uno más) jamás se logrará, entre otras cosas, porque tampoco jamás llegaríamos al ideal de una burguesía nacional medianamente autónoma. La paridad y la alternación pactadas “para salir del caos” (Sitges), indudablemente, impactan y producen sus efectos favorables. Y las gentes resultarán confundidas. Una larga tregua se aproxima y el marginamiento de las gentes —que siguen sufriendo lo mismo que antes— conducirá a una indolencia que en política se llama abstención y en la vida social escepticismo. Porque de nuevo el pacto de la “neutralidad” ha resultado un favor para sus gestores, pero no para los cuatro millones y pico de colombianos que lo habían aprobado. La neutralidad aparente que conduce al eclecticismo o al escepticismo también golpeará a nuestros escritores jóvenes.

Al mismo tiempo, esta “neutralidad” conducirá al confusionismo. Porque si bien es cierto, por ejemplo, que se restablecían las garantías constitucionales ciudadanas —desaparecidas con los gobiernos conservadores de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez y Roberto Úrdaneta Arbelaez y el gobierno dictatorial del General Gustavo Rojas Pinilla, en un lapso aproximado de diez años (1946-1957)— el orden económico interno e internacional girará solamente alrededor de los grupos pactantes. Si, por ejemplo, el Partido Comunista emerge a la legalidad en los mismos albores del “Frente Nacional”, el 20 de julio de 1957, con la publicación de su periódico “Voz de la Democracia”, y luego de la constitución del MRL surgen años más tarde otros movimientos políticos de izquierda disidentes, como el Moir, etc., al mismo tiempo cada gobierno se encargará de entronizar el estado de sitio como única medida para garantizar la “unidad nacional” y rescatar al país del “caos”. La masacre de Santa Bárbara en febrero de 1963 no se podrá restañar con la aparición de las drogas genéricas. Las contradicciones en este sentido son innumerables. Lo que me interesa señalar es que esta doble faceta —que resumo en la expresión señalada, “la paz del estado de sitio”—, confunde a las gentes, las sume en la perplejidad o en la displicencia y deja impresas sus huellas también, en los escritores.

A esto se agregará otro factor más, importante para la producción literaria de dicho período. Cuando nosotros, en 1958, estamos saliendo, en parte, de la barbarie impuesta por los dos partidos tradicionales y rematada por la dictadura de Rojas Pinilla (13 de junio de 1953 — 10 de mayo de 1957), en enero de 1959 surge al mundo un país que llevaba más de 100 años luchando por conseguir su liberación definitiva. La Revolución Cubana no fue una sorpresa para ellos mismos, pero sí lo fue para nosotros, para nuestra generación. Y en febrero de 1962, la 2a. Declaración de la Habana descubrió a los ojos de los latinoamericanos, de nosotros, una posibilidad que siempre se había sentido tan remota como un cuento de hadas (o de demonios, según el receptor). Era la posibilidad del socialismo a este lado del Atlántico. La sorpresa y esa inaudita posibilidad, que asustó al sistema interamericano (OEA) y que con la dirección de los Estados Unidos produjo ese fenómeno vergonzoso antes citado, el bloqueo continental a Cuba (por quebrantar la “unidad y la solidaridad del Hemisferio”, Punta del Este, 30 de enero de 1962), van a engrosar el caudal de nuestra peculiar confusión. No porque —aclaramos más todavía— los objetivos de la Revolución Cubana, por un lado, y los de la OEA o los del “Frente Nacional”, por otro, fueran confusos, en sus dos direcciones opuestas. Sino porque a la falsa neutralidad nuestra, aún no desentrañada, se sumaba ahora la alegría, la posibilidad, de un “demonio” que todo un sistema publicitario (un imperio y una órbita neocolonizada) condenaba sin compasión alguna, pero que los pueblos en sus entrañas hubieran querido defender. Entre dos fuegos, dentro y fuera, nuestros escritores, pichones en un medio donde la política padecía en ese mismo instante las consecuencias de la estigmatización de la violencia “política”, resultaron cruelmente confundidos, confusos.

Para acabar de completar, esta lucha se complicará más cuando sobrevenga en serio la división mundial del socialismo. Es tanto el peso, son tantas las res-

posibilidades políticas que se le exigirán al escritor, tendrá que examinar tantas posibilidades para no equivocarse y al escribir el mundo será tan sospechoso, que optará por detener su paso en un lugar del camino. Al estado de confusión inicial, con vertientes tan preocupantes como el eclecticismo, el escepticismo, la displicencia, se sumará una actitud elusiva o paranóica, en una gran mayoría de ellos.

Estos factores, literarios, culturales y extraliterarios, son demasiada carga para un conjunto generacional que principiaba a marcar su futuro en el primer lustro del 60 y, desde luego, influirán en su obra literaria. Pero no fueron los únicos. Creemos que hay otros dos factores más, decisivos para este conjunto de escritores, también extraídos de la realidad documental básica de este trabajo. El país en su composición demográfica cambia totalmente para esta fecha, sería el primero. La transición de país rural a país urbano los toma en el preciso momento en que principian a escribir. La población urbana colombiana sube de 9 millones 239.626 habitantes en 1964 a 14 millones 021.100 en 1972, mientras la rural permanecerá en el tope de los ocho millones. Este abandono del campo notable desde fines del 50, corre parejo en la década del 60 con el despertar de la “mística exportadora” que supuestamente iría a resolver “la asfixiante concentración del ingreso”, obstáculo serio que impedía el desarrollo industrial nacional, donde el sector manufacturero resultaría mayormente privilegiado, y corre parejo con el rápido incremento de los capitales financieros y transnacionales y con la subsecuente descomposición social de las ciudades y de los campos. (Cfr. Julio Silva Colmenares: *Los verdaderos dueños del país*, Bogotá, 1977, pp. 16-18 et. al.) El crecimiento de las ciudades, del lumpen urbano, del aparato burocrático, de los movimientos sindicales; la reorganización de las guerrillas, con base en las liberales y comunistas anteriores y con fines nítidos ahora, y los movimientos agrarios, tomarán, también, casi sorpresivamente a nuestros escritores. Su mundo se volvía irreconocible, inasible, inaprehensible; la inseguridad en el tratamiento de los temas sería su consecuencia, en una buena proporción. La transición de país rural a urbano, que no se produce en una sola década ni arribará a la misma situación de un Uruguay o una Argentina (esto sobre todo para quienes piden que se produzca entre nosotros una literatura urbana a imagen y semejanza de las demás del continente), ni concluye aún todavía, será un prisma multicromático de indefinibles apariencias que afectará a nuestros escritores profundamente: su percepción será la de un mundo que tiene la complejidad de un híbrido tan amorfo como espectacular.

De otro lado, sería el segundo factor, ellos mismos por su procedencia —que por primera vez en la historia del país será de extracción altamente “media” y popular— comportarán a un mismo tiempo el ser provincial y el urbano en desarrollo. Un poco más de la mitad de los cuarenta narradores con libro publicado son del campo o de poblaciones, como Anorí, Líbano, Chaparral, Guamo, Ovejas, Bahía Solano, Fortalecillas, San Bernardo, Pitalito, Palermo, etc., algunos de los cuales no aparecen siquiera en el mapa, o de poblaciones o ciudades no industrializadas, como Santa Marta, Ibagué, Tulúa. Este hecho coincidirá con la total desvinculación, salvadas unas raras excepciones, de ellos con las castas culturales tradicionales del país.

Complementarán este incierto y contradictorio panorama, finalmente, dos circunstancias más. Las Academias (así con mayúscula), el “bien” y el “buen” escribir que se estila para la época en los periódicos y revistas, y los nuevos enfoques temáticos que exige la realidad, condenan al aislamiento a estos escritores. Una conciencia, no tanto de la realidad política que se vive, como de su vocación profesional, ahonda entonces su independencia de los suplementos literarios principales vehículos culturales de masas en el país. Y otra nota entra a caracterizar su escritura, su comportamiento como escritores: una egoísta y desmadrada soberbia individual, que (apoyada por la presunción según la cual, fácilmente, se llegaría a las editoriales españolas, argentinas o mejicanas) provoca rencillas, odios y persecuciones, contribuyendo a la dispersión del conjunto e incluso, como hemos dicho, al desaparecimiento de su imagen en el país. También esto incidirá en su desconocimiento, usual a partir de ese momento, de la tradición cultural (algunos hablarán de “ruptura”, por ejemplo. V. “Magazín Dominical” de *El Espectador*, Bogotá, 10 de nov. 1968) y de la falta de fe en sus mismos propósitos.

De otro lado, los medios publicitarios, incluidos los suplementos literarios dominicales ya mencionados —salvadas otras excepciones—, someterán a este conjunto cuando menos al anonimato. Ni las revistas donde ellos publican son de grandes tirajes ni cuanto ellos publican en el exterior se conoce en Colombia, donde se sigue hablando de Sartre o de los valores occidentales, pero demasiado poco del mundo latinoamericano. El desconcierto por parte de ellos aumentará; además, cuando en 1960 aparezcan dos revistas influyentes en direcciones diametralmente opuestas. En mayo del 60 se publica en Bogotá el primer número de *Eco*; Revista de la cultura de Occidente, y en julio-agosto, “Casa de las Américas” de La Habana lanza el primer número de su revista homónima. El diversionismo de la primera —que aún nadie se ha atrevido a enjuiciar— contrastará rotundamente con la claridad de la segunda —que aún nadie se ha atrevido a afirmar—, y determinarán de alguna manera a nuestros escritores. La perplejidad es tal que se opta por una “tercera” alternativa en febrero de 1965, encabezada por un representante del 50 y secundada por cinco del nuevo conjunto, entre otros. Se trata de la revista *Letras Nacionales*, que Hernando Téllez —en uno de sus muchos momentos de verdadera confusión, entre otros lúcidos, que también tuvo— la calificó, después de sus dos primeros números, sin ningún recato, de “marxista”.

5. ESTOS SON SUS TRABAJOS

De esta intensa (a veces intonsa) carrera de obstáculos, de esta lucha desigual dada siempre entre la espada y la pared, reales o ficticias, que contagia de eclecticismo y neutralismo, de oscuridad y soledad, de arrogancia individualista a la mayoría —pues tendremos varias excepciones— de estos escritores, que les aniquila, generalmente, una vocación afirmativa y una posibilidad de alegría o de siquiera fantasioso humor, mucho menos un propósito “nacional”, partidista o al menos particular, podría desprenderse un saldo en rojo si nuestro planteamiento fuera

mecanicista y causalista. Pero no es del todo así. De esa batalla queda el testimonio, personal y escrito, del momento oscuro, del súbito espanto, del obligado desconcierto. de la “paz en estado de sitio”, y, también, queda. hasta el momento, la no despreciable si se conoce siquiera la mitad de ellos, suma de noventa y cinco libros, publicados entre 1963 y 1977. Cualquier promedio que sacáramos —y en literatura las estadísticas deben manejarse de modo diferente al DANE— no haría más que demostrarnos el opaco entusiasmo, el temor a desilusionar, la poca movilidad editorial y el efectivo bloqueo a este conjunto generacional. De esos 95 libros extraemos dos cifras significativas: 34 son novelas y 47 son de cuentos. ¿Tendrá que ver la ausencia de fisonomía nacional o de conjunto y el fraccionamiento complejo de su sociedad, todavía en transición, con la mayor producción de cuentos —unidad que no requiere una visión global a niveles totalizantes— en estos escritores?

Pero este saldo a favor no es, solamente, en sentido cuantitativo, como podría pensarse. En esto diferimos mucho con quienes establecen una relación mecánica y causal entre estructura socio-económica y superestructura cultural y con quienes explican de igual manera nuestros fenómenos culturales con base, exclusivamente, en la relación metrópolicolonia, olvidando la situación particular, la dualidad de las culturas y la interrelación de ambas en los circuitos nacionales e internacionales. Por eso consideramos que el saldo que resulta de salvar, enfrentar o, simplemente, vivir las circunstancias antes expuestas, no es absolutamente negativo. Aunque hay líneas predominantes (vertientes), la reacción de todos ellos no fue siempre similar. Por eso, el éxito de la generación anterior, el escándalo del Nadaísmo, la paridad y la alternación pactadas en favor de otros, los conflictos inesperados de la política internacional, el diversionismo ideológico y cultural, el fracaso de un propósito nacional, las manipulaciones permitidas al imperialismo norteamericano (un politólogo liberal, Carlos Restrepo Piedrahita ha dicho en su libro *25 años de evolución político-constitucional. 1950-1975*, que el Frente Nacional fue “una prima de seguro para los intereses económicos de las clases superiores” colombianas, extensiva, agregamos nosotros, a la metrópoli del norte), lo mismo que la proletarización de la ciudad, el amorfismo y la descomposición social de los campos y de las zonas marginales de las ciudades, la no comprensión del fenómeno urbano y el acorbadamiento al ingresar a un sector nuevo y diferente del que procedían, fueron factores que influyeron en distintas direcciones en estos escritores.

Los cinco (5) subconjuntos en que dividimos, para su mejor comprensión y por razones objetivas, el total de ellos, nos darán esas distintas direcciones mejor cualificadas:

Agrupados según el orden de aparición a luz pública de la literatura, sus interrelaciones y su imagen ante los lectores, el primer subconjunto resulta conformado por Eutiquio Leal, Darío Ruiz Gómez, Enrique Posada, Germán Espinosa, Roberto Ruiz (Bor Torre), Hugo Ruiz (Karell-X), Alvaro Medina, Fanny Buitrago, Alberto Sierra y, aunque no como narradora en ese momento, Helena Araujo. Tres de ellos publican en 1963 sus primeros libros: Leal, Posada y Buitrago. Tres

libros que debemos recordar porque marcarán tres vertientes —con otras tantas variantes cada una de ellas, dado el poliformismo del contorno social— en el período total (1960-1977). *Agua de fuego* de Leal, *Los guerrilleros no bajan a la ciudad* de Posada y *El hostigante verano de los dioses* de Fanny Buitrago, son esos tres libros precursores.

Eutiquio Leal, quien no pertenecía al movimiento del 50 y no hizo causa común con el Nadaísmo, había sorprendido a los lectores en setiembre de 1961 con uno de sus mejores cuentos, “Bomba de tiempo”, ganador del Primer Concurso Nal. de Cuento organizado por el Primer Festival Nal. de Arte (Cali), publicado en *El Espectador*. La naturalidad de este cuento, su acento renovador en medio de una entonación de raigambre clásica, contrastará luego con los cuentos de *Agua de fuego* y de *Cambio de luna* (1969). Pero, éstos y aquellos convergirán a una ruta común caracterizada por tres propiedades de esta gran vertiente: primero, su autenticidad y claridad social y política que derivan en un realismo más inteligente que el anterior del 30, por ejemplo; segundo, una especialización del trabajo literario, el conocimiento y el uso casi exagerado de las técnicas narrativas, y el abocamiento de la tradición oral con mayor destreza que antes, factores que los aleja considerablemente del costumbrismo y del formalismo academicista precedentes; y tercero, la consolidación del concepto profesional de escritor, su conciencia de tal. De las tres, las dos últimas van a ser propiedades de todo el conjunto generacional. La primera no será para todos. Al contrario, será la que echaremos de menos en muchas oportunidades.

El libro de cuentos de Posada, siendo una escritura contemporánea, diestra en el manejo de los recursos del cuento, será la literatura confusa, esquemática, guerrillerista (no guerrillera), diversionista, donde las ratas de Camus y el hastío sartreano fácilmente merodean en los bares de Medellín y en donde para aparecer heterodoxos la denuncia social se hace con una fórmula acogida posteriormente: droga + sexo + guerrilleros + militares = denuncia social. *Crónica de tiempo muerto*, la novela de Oscar Collazos, será nueve años después, en 1974, una variante más de esta segunda vertiente. Esto, desde luego, le resta valor a Posada, sin que dejemos de olvidar su espíritu renovador en aquella época. Inclusive con él, con o sin intenciones, se inicia algo que va a ser común en algunos narradores como Alba Lucía Angel, Duque López, Andrés Caicedo, etc., y es la recurrencia —por razones extraliterarias ya expuestas— a los temas metaartísticos: sus libros se nutren de los productos artísticos como en el cine o la literatura misma y no de la vida misma, de la primera realidad, en un juego de espejos que no siempre ha resultado exitoso. Posada lo hace en su cuento “Diálogo de ratas paranoicas”.

La novela de Fanny Buitrago convoca para una tercera gran vertiente. Es la que mejor responde a los gustos “pacifistas” del “Frente Nacional”. Aparentemente apolítica, remitiéndose a una realidad aislada, sin otro criterio que el de su neutral perspectiva personal, nos deja el testimonio de una época “sin rumbo conocido”, caótica y trasaccional, testimonio sin conciencia suficiente como para describir que esa paz aparente era apenas la primera de seguro de los partidos tradicionales. Y no me refiero a una conciencia política advertida, sino a la aprehensión de la realidad total que muchos escritores han intuido o prefigurado

en la praxis social y plasmado en obras maestras de la literatura del mundo a pesar de ellos mismos. No creo que sea una literatura desechable ni negativa, tampoco. Muchos de los libros encuadrables en esta vertiente quedarán. Pero al no abordar las contradicciones fundamentales de la sociedad, su parcialidad o empiricidad las distrae, apoca o disminuye.

Hasta este momento (1963), el boom de la literatura latinoamericana no existe y su influencia, por tanto, entre nosotros es nula. Señalamos esto porque se ha escrito que con el boom vino el “mercado neocolonizador” y con él un espontaneísmo fatal para los narradores de esta generación. Aquel aparecerá posteriormente y, por el contrario, la mitificación del lenguaje, del dios lenguaje, que antes era apenas un indócil instrumento, hará que nuestros escritores jóvenes exageren aún más su preocupación por los problemas del lenguaje. Para este primer lustro del 60 quienes influyen, descuidadamente, son Rulfo, los maestros colombianos precedentes —aunque los teóricos sigan diciendo lo contrario y negando toda clase de tradición—, lo mismo que los escritores norteamericanos y los franceses objetualistas.

Por lo demás, no se debe olvidar que entre 1961 y 1962 han desaparecido en la metrópoli tres símbolos inesquivables y cuya permanencia después (ahora mímica y nada crítica) producirán simples anacronismos: en 1961 se suicida E. Hemingway, en julio de 1962 muere W. Faulkner y el 5 de agosto del mismo año se suicida Marilyn Monroe.

En 1964, los mismos tres autores del 63, nuevamente, publican. En el 65, solamente, aparece un libro de cuentos: *La noche de la trapa*, de Germán Espinosa, y al año siguiente otros dos: *Para que no se olvide su nombre* de Darío Ruiz Gómez y *El verano también moja las espaldas* de Oscar Collazos. Estos últimos libros se sienten mucho más en el ámbito cultural. Son lanzados con entusiasmo y hoy puede decirse sin mucho temor que, en los casos de Ruiz y Collazos, aquellos siguen siendo sus mejores libros hasta el momento. En ellos se advertía con pudor y criterio, el paso represado por los primeros cuatrienios del “Frente Nacional” (Alberto Lleras y Guillermo León Valencia, 1958-1966). La técnica y el lenguaje ocupaban su mejor lugar y la realidad casaba a la perfección con la ruptura que se ofrecía.

Mientras tanto, otro subconjunto entraba en plena acción, incluido Collazos. Nos referimos a Nicolás Suescún, Alberto Duque L., Alba Lucía Angel, Umberto Valverde y Roberto Burgos C. Con ellos se plantea, tal vez por primera vez, una posibilidad homogénea para la expresión de los fenómenos urbanos en un nivel literario. Con ellos, además, se gana el reto propuesto frente a la tradición y al lenguaje oral, que entre nosotros había permanecido durante largos períodos por fuera de la literatura en virtud del acatamiento temeroso a las normas de la Academia de la Lengua. Desafortunadamente, con el tiempo, los epígonos de este subconjunto pasarán del uso al abuso en la utilización del lenguaje coloquial llegando a los vicios del estereotipo. Un campanazo de alerta dentro del mismo subconjunto será el rechazo de la crítica de los lectores a la novela *Nueva historia de Mateo el flautista* de Alberto Duque, ganadora del Premio Esso

de Novela 1968: alerta que retrasará en adelante la publicación de muchos libros del conjunto generacional.

Este es un excelente momento para la narrativa que aflora. El boom y el movimiento político cultural latinoamericanista auspiciado por Cuba, casi roto el bloqueo, que ha actuado como un boomerang, contagia por un momento a los escritores de una inusitada alegría. Y un nuevo subconjunto se sumará al total, sin solución de continuidad. Policarpo Varón, Héctor Sánchez, Luis Fayad, Carlos Perozzo y Ricardo Cano G. Algunos de ellos, después, adherirán al anterior subconjunto; otros, al inmediatamente posterior. Su literatura, depurada o torrentosa —estilísticamente no hay un común denominador—, volverá con mucho cuidado sobre la provincia y el fenómeno de la “violencia”, ya ampliado y racionalizado.

Luego vendrán dos hechos que apaciguarán los ánimos y regresará a muchos al escepticismo inicial: en un mismo año, 1967, muere Ernesto “Che” Guevara y se publica *Cien años de soledad* de García Márquez. Querámoslo o no, estos dos episodios tienen, a diferentes niveles, desgarradoras consecuencias, de orden literario y extraliterario. Todavía en 1977, por ejemplo, seguimos esperando las primeras novelas de Ruiz Gómez, de Varón, de Suescún, de Hugo Ruiz, de Alape, de Mercado, de Lasso, de Fayad, de Santamaría, etc. Desde luego que pueden existir otros motivos para su no publicación, algunos tan prosaicos, como en los casos de Leal o Medina, la carencia de patrocinio editorial. Pero, los dos factores citados antes, el uno político, el otro literario, fueron definitivos.

En los años 67 y 68, un grupo grande de escritores, en su mayoría de provincia, engrosan el proceso literario que se vive. Muchos de ellos llegan con airados ímpetus políticos, sobre todo de izquierda; tal vez en ellos es donde más se va a sentir la influencia de la política cultural cubana. Su trabajo es más difícil: luchan frente a sus inmediatos antecesores generacionales y frente a los autores del boom o a los aspirantes a él. Ellos son: Arturo Alape, Jairo Mercado R., Humberto Rodríguez E., Benhur Sánchez S., Humberto Tafur, Luis Ernesto Lasso, Germán Santamaría, Gustavo Álvarez G., Jairo Aníbal Niño, Milciades Arévalo, Rafael Buitrago, Fernando Cruz K., Jaime Echeverri, Amalia Iriarte, Luis Fernando Lucena, Gustavo Mejía, Gabriel Restrepo, etc.

La lucha por publicar en todos ellos, el estrellato de algunos anteriores que quisieron ponerle límite artificial al conjunto generacional para garantizar su perennidad, la radicalización política y el neutralismo de muchos de aquellos, son razones para que sus libros permanezcan, siendo rescatables, en manos privilegiadas o en oscuras bodegas. Entre ellos —y sin contar los inéditos, claro está—, *Los días del color* de Santamaría, ganador de un premio continental dado en Cuba; *Los días de la espera* de Lasso, *Cosas de hombres* y *Las mismas historias* de Jairo Mercado R., *La noche de tu piel* de Benhur Sánchez, *El laberinto* de Humberto Rodríguez E., todos ellos cercanos a premios nacionales e internacionales.

A pesar de la conciencia política de estos últimos, en 1970 caímos en una especie de punto muerto. En 1971 se publicó un solo libro de cuentos. Nadie

quiere improvisar y las contradicciones sociales han crecido: el “Frente Nacional” —como lo aseguran sus propios voceros— ha fracasado en sus propósitos nacionales al paso de uno de sus mayores estadistas, Carlos Lleras Restrepo (1966-1970). No se ha logrado un crecimiento económico acelerado, ni una mayor generación de empleo, ni una mejor distribución del ingreso nacional, y la reforma agraria ha quedado en ciernes (Cfr. Juan Sebastián Betancur: “La política agraria y el plan de desarrollo”, en: *Coyuntura Económica*, vol. V., n. 2, julio de 1975).

El mutismo empobrece su imagen. Cualquier estampida, grito, razón o impertinencia, atrae el eco de la ridiculez. El cono sur, por lo demás, ha entrado en el receso más indignante de su historia. El boom se repliega, se divide, lo comercializan. Y los escritores quisieran reiniciar la marcha, todavía tímidamente. García Márquez se ha convertido en un verdadero reto; el complejo de lo “universal”, como manipulación euro-occidental, llega a su esplendor. Seguramente, los modelos están ya agotados; en 15 años Hemingway, Faulkner y la Monroe han sido succionados hasta disecarlos: los mejores, García Márquez y Ernesto Cardinal, no han dejado nada de ellos, si algo tuvieron que ver con ellos. Los han derrotado en afortunada lid. Los han superado. Se han convertido en modelos autónomos, insuperables por el momento. Pero quienes quedan en la sinrazón de la soledad y se dan de bruceos con una realidad que sigue viva y cambiando en medio de su pancromatismo y polimorfismo, no pueden darse el lujo (que ninguna literatura permite) de repetir caminos. Resultarían emboscados, a lo mejor muertos. En literatura hay que hacer los caminos, descubrirlos, desbrozarlos cuidadosamente, con amor y con ardor. Habrá que llegar de lleno a la ciudad o regresar con genuinidad al nuevo campo, ir a la vida que se esconde en las fábricas o en los barrios del sur y del norte, pensando más en la sangre de la vida que en la de las letras, que la primera atrae a la segunda con seguridad. La “unidad nacional” jamás se producirá. Y será mejor encender un cirio que maldecir la oscuridad, como lo propondría Roberto Fernández Retamar en hermoso poema. El aparente confusiónismo deberá ceder ante los hechos evidentes de la historia.

Esta aproximación auténtica sincera, realista, clarificadora, sin embargo, solamente la experimentamos como una esperanza a la expectativa. A ella pareciera acercarse algunos de los ya citados en los anteriores subconjuntos y otros de quienes integran el último de este conjunto generacional, crecido en las tres vertientes anotadas y demás variantes, apenas insinuadas, que hemos denominado, de nuevo, provisionalmente, “del estado de sitio”: David Sánchez J., Alonso Aristizábal, J. Eliécer y C. Orlando Pardo, Marco T. Aguilera G., Carlos Bastidas P., Andrés Caicedo, R. Araujo, Luis D. Bernal, Miguel de Francisco, Celso Román, etc.

6. EN SU BUSCA

Es probable que no estuvieran preparados para una batalla contra el tiempo o que los contratiempos resultaron más penosos que simples casos fortuitos. Lo cierto es que a esta hora —y todavía es hora— todos andan, unos con menor atra-

so que otros, en la busca del camino esperado —más remiso que sumiso. Tal vez estemos ahora más cerca de las palabras de Martí: “Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!”.

Desde un principio ellos se debatieron en medio de sucesivas crisis sociales, pero no todos sucumbieron, ni siquiera la mayoría. De muchos todavía esperamos sus mejores obras. Otros tendrán que superar el anacronismo heredado y el amorfismo experimentado, que aún respiran sus libros. Y, sobre todo, la búsqueda implicará la derrota del eclecticismo y el escepticismo, de la displicencia y la elusión, de la perplejidad y la paranoia, en una sociedad que tiene ya su vanguardia configurada y en un continente que inició su marcha vigorosamente en el mismo momento en que muchos de ellos quedaron confundidos.

7. LO QUE NOS RESTA

Nos resta decir que los mismos efectos —no sus causas— hemos entrevisto para los conjuntos generacionales coetáneos de otros países latinoamericanos. Los regímenes militares, el exilio forzoso, la incertidumbre política, el post-boom, etc., han influido en cierto inmovilismo cultural a partir de finales de la década del 60. Sin que deje de anotarse, a su vez, una insurgencia literaria que habrá de cristalizar en la década del ochenta. La excepción, desde hace algunos años, sigue siendo Cuba, no ya únicamente en la narrativa, sino en la poesía, el teatro, el cine, la literatura infantil y el testimonio.

Bogotá, D.E., agosto-octubre 1977